

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



SIN HOGAR Y SIN RUMBO

por

Madge Bellamy y Jack Mulhall

N.º 102

30 cts.

*La Novela Femenina
Cinematográfica*

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:
Cortes, 719. - Barcelona

Año III

N.º 102

Sin hogar y sin rumbo

Sugestiva película americana, interpretada por

<i>MADGE BELLAMY</i>	<i>en el rôle de Adela</i>
<i>J. FARRELL MAC-DONALD</i>	<i>Juan-Pablo</i>
<i>JACK MULHALL</i>	<i>Santiago</i>
<i>CLAIRE MAC DOWELL</i>	<i>Doña Josefina</i>
<i>HARVEY CLARK</i>	<i>Bautista</i>
<i>EVELYN ARDEN</i>	<i>La «otra»</i>
<i>EDWARD MARTINDALE.</i>	<i>Don Julio</i>
<i>PAUL PANZER</i>	<i>El abogado</i>

Producción WILLIAM FOX

Concesionaria:

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280 - BARCELONA



Sin hogar y sin rumbo

Argumento de la película

Juan-Pablo, mercader de caballos, enamorado de sus animales e incapaz de preocuparse por otra cosa, creía haber llegado a "establecerse" después de largos años de existencia errabunda.

Vivía Juan con su mujer y su hija Adela, una deliciosa criatura, la única alegría del hogar. También parecía formar parte de la familia, Bautista, un buen hombre que le ayudaba en su trabajo. Seguía a Juan con la veneración que inspira el ser superior, único sostén y fuerza de su vida.

Mas a pesar de todos los esfuerzos del mercader, los negocios iban cada vez peor. Su única casita estaba hipotecada, con la amenaza de perderla en manos de los acreedores. Y Juan, ajeno a los acontecimientos, sentía hacia sus bestias un amor profundo, sin preocuparse de la miseria que amenazaba con tirarlo todo a rodar.

Su bestia más querida era una yegua ágil, de fina y brillante piel, llamada "Marsellesa". La amaba con una pasión capaz de cualquier sacrificio.

—¡Tú eres mi predilecta, "Marsellesa"! — decía acariciándola.

Y pensaba en las glorias futuras, en las batallas que el animal ganaría con la rapidez de sus ágiles piernas.

Una tarde, Juan-Pablo hallábase en la cuadra, "piropeando", como siempre, a su yegua. Adela se presentó de improviso, lanzando una exclamación al verle allí.

—Pero, papá ¡por Dios! hace más de una hora que mamá te mandó a comprar la carne. ¿Nunca vas a acordarte de los encargos que se te hacen?

—¡Tienes razón, hija mía! ¡Esta cabeza!... Pero Josefina me perdonará todo cuando "Marsellesa" gane en las carreras... Estoy preparándola en secreto para las pruebas de Abril...

Adela cerró los ojos un momento, evocando la situación incierta de su casa, en manos de un hombre que, como su padre, carecía del hábito de saber vivir. ¡Oh, esos terribles soñadores, suspirando siempre por fantásticos negocios, sin acercarse jamás a la realidad de la existencia!

—Y, entretanto, ¿de qué vamos a vivir, papá? — le dijo.

Juan Pablo rascóse tranquilamente la oreja — su gesto favorito — y añadió:

—No te preocupes. Siempre se presenta algo...

—Precisamente, ahora se presenta mamá... ¡Lo furiosa que va a ponerse!

En efecto, llegaba, echando maldiciones contra su marido, la madre de Adela. Con aire triste, explicó:

—Ahí está el abogado del Banco... Viene a cobrar el importe de la hipoteca vencida.

—¡Y no podemos pagarla! — suspiró, tristemente, Juan-Pablo.

—¡Lo sabía! ¡Y ya sabes lo que significa eso!... ¡Qué debemos marcharnos cuanto antes de aquí!...

—¡Voy a suplicar!... no dudo que alcanzaré algo.

—¡Calla! ¡calla! ¡no seas iluso! Si en vez de pasar la vida acariciando tus caballos hubieras tenido buen ojo para los negocios, no nos encontraríamos así.

—¡Josefina!... — la amenazó él montando en cólera—. ¡Qué mal comprendéis, las mujeres, a los maridos!

Y apartándose, con ademán descompuesto, de su esposa, fué al encuentro del abogado.

Era éste un hombre sin entrañas, un duro e implacable cumplidor de su deber, para quien la única ley moral estaba escrita en el Código. Desconocía la voz del corazón.

Juan-Pablo suplicó inútilmente:

—¡Renuéveme usted el plazo! ¡Espere dos meses, un mes! ¡Yo creo poder pagarle entonces!

—¡Nada, nada! ¡todo eso son palabras que usan los malos pagadores! ¡O me abona usted inmediatamente su deuda o le quitamos la casa!

—No puedo, señor...

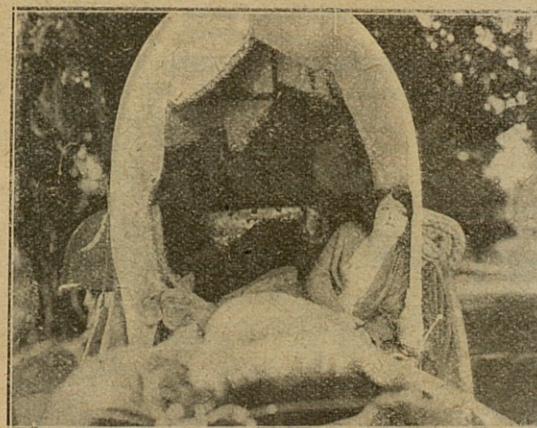
—Entonces, no hablemos más. Yo sólo tengo un deber y he de cumplirlo.

Y cuando el abogado marchó, comprendió Juan la realidad trágica que se cernía sobre ellos. Iban a incautarse del hogar, de la casa que conoció las alegrías y los pesares de la familia. ¡También las casas tienen espíritu, también ellas nos acogen con amor y lloran nuestras desdichas!

Así fué. Unos días después, vinieron unos hom-

bres rudos a embargar la finca, y la hipoteca maldita deshizo un hogar.

Y Juan-Pablo y los suyos, en un carro, sin otros bienes que su yegua y unos cuantos muebles, tuvieron que comenzar errantes su peregrinación por la



...tuvieron que comenzar errantes su peregrinación por la tierra...

tierra, diciéndose tristemente cómo ganarían aquella vida tan ingrata. Y empezó la existencia nómada, el sueño bajo las estrellas, la jornada dolorosa, sin rumbo y sin esperanza.

Un día, llegaron a las cercanías de una pequeña ciudad, junto a un bosque que levantaba sus largos pinos. Juan-Pablo propuso alzar una tienda de campaña, y quedarse allí. Josefina, su mujer, protestó:

—Sí, no está mal para acampar por unos días... pero es imposible que sigamos viviendo de ese modo indefinidamente... como gitanos... como vagabundos.

—¡Mujer! ¿por qué te preocupas? — dijo con su optimismo eterno su marido —. ¡Siempre se presenta algo!

Y como si estas palabras fueran una evocación,



...apareció un automóvil que fué a chocar contra el carro que se hallaba en mitad del camino...

apareció un automóvil que rápido fué a chocar contra el carro que se hallaba en medio del camino, hundiendo con feroz aplastamiento su mugriento arrozón.

Juan, su mujer y Bautista se hallaban algo separados del lugar del siniestro. Adela corrió precipita-

damente hacia el automóvil que guiaba un joven que aparecía medio desvanecido a consecuencia del violento choque.

Pero su aturdimiento duró breves instantes. Rápidamente volvió en sí, apreciando la magnitud del hecho.

—¡Qué mala suerte!... Pero... ¿quién es usted? — dijo, contemplando el fino rostro de Adela.

—Mi padre es el dueño del carro — respondió ella—. Lo ha partido usted...

—Es una verdadera desgracia, lo siento... Y tratándose de algo que afecta tan directamente a usted, todavía más... Porque cuidado que es usted bonita... tan bonita que...

Y sin mediar otras explicaciones, acercó sus labios a los de ella, besándolos y sintiendo en su boca el ardor de aquella rosa de carne.

—¿Qué ha hecho usted? — gimió ella, encendida como la grana.

Y huyó despavorida, exteriormente disgustada, pero sintiendo en el fondo de su espíritu una sensación misteriosa.

Habían llegado los padres de Adela que comentaban con amargura el triste fin de su carro.

—Este era el único hogar que teníamos... ¡y ya lo perdimos!

Santiago Fajardo, hijo de un rico propietario del país, que era quien guiaba el automóvil, se acercó para presentar sus excusas.

—Les estoy obligado en todo!... Pagaré lo hecho... No saben ustedes cómo lamento lo ocurrido...

—¿Qué vamos a hacerle! — contestó Juan-Pablo con la humildad tan característica en él—. Era lo

único que teníamos; ahora sólo nos queda la yegua "Marsellesa"...

—¿Entienden ustedes de caballos?...

—¡Oh! — aclaró Juan con una sonrisa—. ¡Es mi especialidad!... Los negocios van mal... y uno ha de ir errante por los caminos...

Santiago comprendió el drama íntimo de aquel hogar. Y queriendo reparar con creces el involuntario percance, dijo, con una generosidad de mozo honrado:

—Mi familia vive muy cerca de aquí... Tenemos vacante la casa del jardinero y mi padre necesita quien le ayude a cuidar sus caballos de carreras...

Le escuchaban en silencio, sin osar respirar.

—Si vienen ustedes, la casa y el empleo están a su disposición. Les conviene. Yo soy Santiago Fajardo, su amigo desde ahora...

—Señor Fajardo... — exclamó Juan con lágrimas en los ojos—. ¡Bendito sea usted que trae a la familia de este viejo un poco de felicidad! ¡Vaya si acepto! ¡vaya si acepto! ¡Con toda mi alma! ¿Verdad, muchachas?...

—Si no aceptaras, necesitarías estar loco — le dijo Josefina.

—Y a usted, ¿qué le parece, señorita? — añadió Santiago, mirando irónicamente a Adela, sintiendo aún en sus labios el perfume dulce de aquella boca de miel.

—Yo? — dijo ella riendo — ... También aceptaría...

Una mirada de júbilo pareció unir a los dos, enlazándoles como en un secreto.

—Pues entonces... vengan conmigo... Mi casa está aquí mismo y voy a presentarles a mi padre.

Y la familia de Juan siguió al joven salvador, deslumbrada aún por aquella protección generosa.

Juan-Pablo murmuró dulcemente al oído de su mujer:

—¿No te lo dije?... Siempre se presenta algo...

**

Don Julio Fajardo, el padre de Santiago, sosténia en aquel momento una violenta discusión con cierta linda y coquetuela criatura. Su abogado Paul defendía igualmente el punto de vista de Julio. Pero la muchacha mantenía contra los dos la ofensiva de sus mimos.

Esta criatura había cultivado en otro tiempo, ligeramente, la amistad de Santiago. Fué un "flirt" sin consecuencias, una nube de verano, desvanecida rápidamente bajo el ardor del sol. Pero ella, chiquilla de artimañas audaces, que de artista de cabaret había soñado con pasar a la categoría de dama principal, quería que el "flirt" tuviera consecuencias graves. Y aspiraba al matrimonio con Santiago, cuando ya éste la había licenciado definitivamente, no queriendo volverla a ver.

Ante la actitud de su "amor", la joven, Nati, visitó al padre de Santiago. Y pretendía el matrimonio como un desagravio a la "burla" del abandono. El abogado sabía atacar, a su vez, los puntos vulnerables de la defensa enemiga. Y el señor Fajardo aparecía dispuesto a no ceder ante ninguna amenaza.

—Es verdad que mi hijo la invitó a usted a comer un par de veces... y la llevó al teatro... pero nada más...

—La amistad del joven Santiago no le da a usted

ningún derecho sobre él, señorita — dijo el abogado.

—¡No necesito de las opiniones de los abogados! — añadió la joven—. ¡El papá de Santiago me comprende y me atenderá!...

Pero Don Julio no estaba para atender razones. Y protestó:

—¡No... no... no me venga con historias! ¡Y no intente nada, porque será inútil!... ¡Mi hijo no la quiere a usted... y asunto concluido!...

—¡Eso lo veremos!...

Ella, desdenosa, salió al jardín, a buscar su automóvil. Don Julio pretendió convencerla de que no se acercara más por allí.

Santiago, la familia de Juan y Bautista, que acababan de llegar a la casa, presenciaron, sin ser vistos, la escena. Adela pudo oír perfectamente como la aventureña decía:

—Dele usted un millón de besos a Santiago de mi parte.

Y notó en el corazón una sensación desagradable, de celos. Santiago, cuando vió partir a su enamorada, lanzó un suspiro de alivio. ¡Las mujeres!... ¡Tan fáil como es encontrarlas y tan difícil deshacerse de ellas!

Santiago se acercó a su padre y le presentó la familia de Juan-Pablo. El señor Fajardo era un hombre cariñoso, que aceptó complacido a su nuevo dependiente. En cuanto a Bautista, iría de mozo de cuadra. Además, al saber que Juan era mercader de caballos, sintió aumentarse su simpatía. Quedaban ligados por el mismo afecto común. No era un empleado, sino un amigo, un verdadero amigo.

Y fué así cómo quedaron instalados en su nuevo hogar, Juan y los suyos.

Don Julio dió cuenta a Santiago de la visita de la antigua amiga de éste, diciéndole que no quería



...notó en el corazón una sensación desagradable, de celos.

oir hablar más de ella, ni verla en lo sucesivo. ¿Entendía?

—Así lo haré, papá — dijo el chico, convencido.

Había roto definitivamente con Nati, un capricho de joven, y ahora su alma, ansiosa de amor, se había fijado en Adela, aquella chiquilla de simpatía irresistible y suave. ¡La quería!...

En días sucesivos, pretendió inútilmente conversar con ella. La seguía por el jardín, la espiaba tras

la casa que habían destinado a Juan-Pablo. Hasta que una tarde pudo, finalmente, atraparla.

—Hace varios días que quiero hablar con usted... ¿Por qué se esconde de mí?...

Ella, que no olydaba el beso ni las palabras de "la otra", contestó duramente:

—¡Porque no tengo para qué verle... ni escucharle!

—¿Tan mal está usted aquí? ¡Lo siento!... ¡Yo que pensaba haberles proporcionado un poco de dicha!

—¡Oh, perdón... no sé lo que me digo... perdóname, Santiago!...

Y echó a correr hacia su casita, dejando al muchacho lleno de incertidumbre. Y esté constante esquivar de ella, aumentaba su pasión, que no era mala y violenta, sino dulce y alegre con la efusión de los amores puros.

Juan-Pablo vivía feliz. Había puesto su yegua "Marsellesa" en la cuadra del señor Fajardo y cuidaba de ella y de los caballos del señor. Este retorno a su vida de siempre le proporcionaba una alegría inaudita. Volvía a arrinconar la familia, como si no existiese, para vivir exclusivamente por el cuidado y la atención de la cría caballar. Y su mujer, viendo este abandono constante, lloraba mucho.

Una mañana la sorprendió, llena de lágrimas.

—¿Qué te pasa, Josefina? — le dijo —. No nos falta nada... Tienes tu casita... y sin embargo... no pareces feliz.

Ella levantó la cabeza blanca, y respondió:

—Es lo de siempre: tu indiferencia, tu abandono... Tu mujer y tu hija no somos más que "co-

sas" de las que sólo te acuerdas cuando no estás aburto en los caballos.

Juan-Pablo sonrió. ¡Por poco se disgustaba ella!

—Noquieres hacerte cargo, mujer... Necesito todo mi tiempo para el trabajo... Yo bien querría poder preocuparme de vuestras cosas...

—¡Bah! Excusas... es que noquieres. Si te doliera de veras, te sobrarían horas para estar con nosotras... Y eres un egoísta, sin apego ninguno a la familia. No tienes afecto a nadie... ¡Piensa en Adela, sin amigos, sin diversiones, y siempre como avergonzada!

El duro reproche de su mujer conmovió a Juan-Pablo.

—¡Josefina... si vieras el daño, el escozor que me causan tus palabras! ¡Qué injusta eres conmigo! ¡Pero seré otro... os lo aseguro... yo no quiero verte llorar! Y Adela, ¿crees tú que Adela está triste por mi causa?

—¡Qué duda cabe! ¡La juventud de la pobrecita es tan solitaria!

El rostro del padre se aclaró de nuevo.

—¿Y si la comprase un piano?

—Cuando tengamos más dinero... En fin, no hablaremos más. ¿No dices quequieres ayudarnos? ¿Sí? Pues mira, vete a la tienda a comprar dos kilos de carne para caldo...

—¡Lo haré! Voy a apuntármelo en un papel para acordarme...

Garrapateó en un papel viejo, y atóse un trozo de bramante en un dedo. ¡Era preciso acordarse!

—Te espero para hacer la comida. Ve en seguida a la compra...

—¡Eres impaciente, mujer!... Descuida, que pronto estaré de vuelta...

Y salió de su casa, echando pestes contra su mujer. Por un momento, las palabras de Josefina le habían hecho daño; pero ahora sentía cólera por no haber protestado contra ellas.

Santiago le cortó el paso, por el jardín, interrumpiendo sus meditaciones.

—Digame, Juan-Pablo — le dijo —, aquí entre nosotros: ¿qué hay que hacer para agradar a su familia?

Juan le miró asombrado, y respondió:

—¡Hombre! ¡Ese es un problema que vengo tratando de resolver desde hace veinte años!...

—¿Y qué ha sacado usted en claro?

—Verá. A mi modo de ver, lo mejor es calcular qué cosa les debe agradar más, qué cosa es lo natural y lo humano... ¡y hacer todo lo contrario!

—¡Magnífico! — dijo el joven, riendo —. Probaré el resultado.

—No lo haga, porque entonces... entonces, resulta que tampoco acierta uno! y hasta otra, señor... Crea usted que eso de las mujeres da que pensar, mi amigo.

El mozo le vió partir, sin poder contener la risa.

—Buenos consejos ¡demonio! — dijo riendo — y fáciles de seguir... ¡Ay, si Adela no fuera tan guapa! Pero él no se resignaba a perderla, la hablaría ¡y pronto... y claro... muy claro!

Juan-Pablo, antes de ir por la carne, entró a dar su última ojeada a la cuadra. Bautista cuidaba de ella, y acababa de entrar para inspeccionar los caballos, Don Julio Fajardo.

Cuando llegó Pablo se hallaba acariciando la yegua "Marsellesa".

—Es una yegua admirable, amigo — le dijo —, y de las que deben correr como el gamo.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios de Juan.

—No conoce el látigo ni de vista y, sin embargo, ya recorre una milla en menos de tres minutos.

Don Julio, pasando la mano por el lomo de "Marsellesa", dijo:

—Esa yegua me parece mejor que cualquiera de las mías... Le doy tres mil dólares por ella, Juan-Pablo.

—Tres mil dólares!... El viejo admiró en sueños esta cantidad que haría feliz a su mujer. Pero, mirando los ojos humildes y suaves de la bestia, contestó con una voz que la emoción hacía temblorosa:

—No puedo venderlo... No es parte de mi estable, Don Julio; es parte de mí mismo!

El animal cabeceaba como agradeciendo el elogio.

—No insisto, Juan. Comprendo que tiene usted un tesoro... y no desea desprenderse de él.

Entretanto, Adela conversaba con su madre, en la casita, junto al fuego del hogar. En días anteriores, había explicado a Josefina el beso de Santiago, el amor, la silenciosa adoración del joven. Pero ella, con desaliento rechazaba esa pasión juvenil. Celosa, no quería ni soñar en él...

Josefina, en cambio, con ese instinto de futura suegra que hay en toda madre, no le parecía mal el amor de Santiago.

—¡Es un buen partido... Y tan atento, tan amable!...

—Y, ese ¿qué importa?... ¡Pero si ni siquiera me

es simpático... y además, ahí está "la otra"! ¡Es imposible!

—¡Quién sabe!... ¡A mí me da el corazón que te quiere de veras!...

—Ilusiones tuyas, mamá...

Por la ventana abierta, escuchaba la conversación, Santiago Fajardo. Conque ¡tenía celos, eh! ¡Dónde hay celos, hay amor!...

—Dejemos eso — añadió Josefina —; vamos, ve por la manta que extendí en el jardín.

Adela salió. Ocultóse Santiago, corriendo hacia la pieza de ropa que se secaba al sol y escondiéndose bajo ella.

La muchacha, preocupada, pensando en el amor imposible, fué a coger el cobertor... pero la ropa se movió y dos brazos ciñeron su cuerpo estrechándolo furiosamente. Adela dió un grito de terror, creyendo en alguna aparición sobrenatural.

Santiago, con la preciosa carga, dirigióse al estanque del jardín. Se despojó de la prenda, mostrándose sonriente y feliz a la muchacha.

—Se había asustado?... ¡Miedosa!

—¡Oh! — exclamó, llena de sorpresa, la muchacha. — Cómo ha hecho usted eso? ¡Déjeme... déjeme!

—¡De ninguna manera! ¡Me cree tan bobalicón... que una vez que puedo atraparla la deje por ahí solita! ¡No, Adela!... ¡Es usted como una mariposa que tengo en mis manos... me ha costado... pero la tengo!

Y saltó con ella a la bárca que estaba en la orilla del estanque, y comenzó a remar, tranquilamente, con una sonrisa burlona. Aquello era una especie de rapto; pero el amante no mostraba actitu-

des feroces, gestos trágicos y brutales; todo lo contrario. Santiago se comportaba con ella con exquisita atención.

—Es preciso que me escuche usted ahora... — le dijo.

Ella, furiosa, luchando entre el amor que verdaderamente le inspiraba el joven y la humillación de que era objeto, replicó:

—Si no me conduce usted a casa, saltaré al agua...

—¡Imposible... amor mío! Si quiere usted bañarse... ¡hágalo!... Mejor es que salte de este lado donde hay flores — añadió, señalándole la orilla derecha donde crecía una vegetación lacustre.

Adela miró al joven. ¡Qué tranquilo era! Lo malo era que hacía frío... y ella no tenía deseos de quedar hecha un sorbete; ¡si no... de cabeza al agua!

—Bueno ¿qué quiere usted? — le preguntó.

—Por lo pronto, joven, es preciso que sepa usted que no hay ninguna "otra mujer".

Adela enrojeció. ¿Cómo sabía él?

—He oído su conversación... No hay "otra" mujer... le repito... ¡Usted es la única!

La muchacha le miró, turbada.

—Y quitada aquélla de en medio, ¿existe otra razón para que usted me rechace?

¡Se le declaraba! Lo que ella apenas osaba enterver, tenía una realidad definitiva. ¡Pero, sin embargo, había tantas dificultades en contra!

—Sí — respondió —: la razón de que somos pobres... y de que mi padre vive de lo que el de usted le paga...

—Es verdad. Es un inconveniente grave, pero fácil de remediar: mejor es que todos vivamos con mi fortuna...

—Me parece esto un sueño, Santiago. ¡No es posible que usted se haya fijado en mí...!

—¡Llámame de tú, alma mía! ¡Lo que me hace feliz es la mujer... que no me importa sea pobre o rica! ¡Si fueras rica te querría igual... Eres pobre... y estoy loco por ti!

Ella callaba, con la dulce inquietud de la primera declaración amorosa.

—¡No sé! —murmuró—. ¡Vayamos a la orilla... Es ya tarde... Mi madre me espera!

—No quiero disgustarte, ¡ea!

Y remó hacia tierra. Ya en el jardín, Santiago volvió a pedir la palabra de aceptación.

—¿Te casarás conmigo?... ¡Dime que sí... aunque sea con un solo movimiento de cabeza!...

—¡Santiago! —respondió ella con voz emocionada—. ¡Me querrá usted siempre... siempre!

—¡Eternamente! —dijo él, apretándola contra su corazón, juntando sus labios a los de ella, absorbiendo su vino generoso...

—Te amo... —dijo, desfallecida, Adela.

Pero recobrando la noción de la realidad, murmuró:

—¡Adiós, Santiago... ya nos veremos!

Entró en la casa. Su madre la aguardaba, impaciente.

—Me parece que tardaste muchísimo...

—Sí, tardé mucho en traer la manta, pero muy poco en comprometerme a casarme.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que Santiago acaba de declararme su amor!

—¡Lo sopechaba!...

Y las dos mujeres comenzaron a forjar castillos

sobre su porvenir, sobre aquel acontecimiento que cambiaría del revés su vida...

**

Durante veinte años, Juan-Pablo había ejecutado del mismo modo los encargos de su mujer. Es decir, sin acordarse de ellos.

Pasó aquella mañana, jugando a los naipes en el establo, olvidándose de que su mujer aguardaba la carne y se desesperaba viendo pasar inútilmente las horas.

Por fin, recordó... ¡Caramba... la carne!... ¡Qué mala memoria!.. Y subió a un carrito y se encaminó, con aquella cachaza tradicional en él, a la ciudad. Ya en ella, se acordó de todo menos de la carne... Ante los escaparates, se extasiaba como si los viera por primera vez. ¡Qué cosas tan bonitas había en el mundo!...

—Y si comprase algo a su mujer y a su hija?... Algo para adornar la casa, como por ejemplo aquellas bellas lámparas de pie, con amplia pantalla de seda, tan hermosas... Descendió del carrito y entró en el almacén. Despues de regatear largo tiempo, adquirió la lámpara... Y contento, pensando en la buena cara que pondrían las mujeres al ver aquello, se dispuso a regresar a casa. ¡Luego dirían que no las amaba, que prefería los caballos a ellas!

Su incesante curiosidad le obligó a pararse todavía ante muchos escaparates. Y de pronto, como un martillazo en su cerebro, recordó el principal objeto de su viaje a la ciudad. ¡La carne... La carne!... ¡Demónio... se había olvidado completamente!

Como era ya tarde, el mercado estaba cerrado, y tuvo que regresar a casa sin el encarguito. ¡Buena la había hecho!

Entretanto, Josefina, desesperada por la insólita tardanza del marido, juraba separarse de él. ¡Era inco-rregible, no tenía remedio!... ¡Aquel día se quedaría sin poder comer carne por su culpa!... Probablemente, estaría en algún café o hablando de cosas necias con otros propietarios de caballos. ¡Qué desgracia la suya de tener un hombre así!...

Pero aquello había terminado. Le abandonaría; que se fuese él a vivir en el establo, ya que, al parecer, se encontraba mejor allí que en su hogar. ¡Jamás Josefina quería verse suplantada por "Marsellesa" por muy ágil y linda que fuese! ¡Pues no faltaba más!

Adela, que se encontraba paseando en el jardín, meditando en los planes de su felicidad futura, se sintió de pronto herida por algo terrible y fatal. De la escalera principal de la finca, descendía Santiago con aquella mujer, "la otra", la antigua amiga suya, y parecían hablar animadamente.

Desde el sitio donde ella estaba, no podía oír la conversación, pero el fuego de los celos vino a herirla trágicamente. Se sintió burlada y el escozor de las lágrimas dañó sus ojos.

—¡Cree que puede... engañarme... así!...

Y, espíritu impresionable, se dispuso, sin otras explicaciones a romper definitivamente con Santiago... ¡Y él que le había asegurado que lo de la "otra" estaba terminado para siempre!... ¡Qué vergüenza! ¡Verla allá, en la propia casa del joven, con ínfulas de dominadora!

Adela se equivocaba de medio a medio. Nati había

ido para suplicar de nuevo que Santiago reanudara las relaciones con ella. Pero el mozo rechazó bruscamente la proposición, saturado de amor por Adela.

—¡Hemos terminado para siempre! ¡No vuelvas nunca más!... ¿entiendes? ¡sino, mis criados te echarán de aquí!

—¡Bien... bien... quizás te arrepientes de lo que haces! ¡Eres un idiota, lo mismo que el animal de tu padre!

—¡Nati... cuidado!

—Qué, ¿me vas a pegar, encima?... ¡Niño, empiezas a darme asco! ¡Qué tonta he sido!... ¡adiós!...

Y despechada, montó en su automóvil, jurando no volver a poner los pies allí. ¡La habían tratado tan duramente!

Santiago, al verla desaparecer, lanzó un suspiro de satisfacción... Don Julio, que había visto salir a Nati, se acercó a su hijo y le dijo:

—¿Es que tienes algo que ver con ella?... ¿No habíamos quedado?...

—Papá, ¡por Dios!... ten calma... Ella ha querido reanudar el "flirt", pero ya la he despachado con cajas destempladas...

—Has hecho lo único que debías hacer...

—Y aún hay más, papá. Es mi secreto... Tengo novia...

—¿Y quién es ella?...

—Adela, la hija de Juan-Pablo.

Don Julio no protestó, no se sintió herido en su riqueza, por aquel propósito de unión con una familia pobre. Juan-Pablo era su amigo, un compañero unido por los mismos lazos de simpatía...

—¡Oh, no creas que me opongo! — dijo él. — Pero

¿laquieres de veras? ¿No es un capricho más? ¡Fíjate que Adela no es Nati!

—¡No las compares, te lo ruego! ¡Aquellos ya pasó!... Adela es respetada por mí como mi futura esposa.

—Venga esa mano, hijo mío...

Y terminaron cordialmente aquella conversación, como dos buenos camaradas. No pensaba Santiago en el dolor de Adela, en sus infundados celos.

La muchacha, haciendo esfuerzos para contener las lágrimas, entró en su casa. Su madre se hallaba arreglando unos lós de ropa. Aparecía llorosa, enrojecida por el dolor.

—¿Qué es éso, mamá? — dijo ella, olvidando sus penas para pensar en las de su madre.

—Que nos marchamos... que tu padre no ha vuelto desde primeras horas de la mañana... que por su culpa nos hemos quedado sin comer... ¡y vaya... que he perdido la paciencia!... ¡No quiero volver a verlo nunca más!

La tristeza de Josefina acabó de llenar de negros pesimismos a Adela.

—Razón te sobra, mamá... Papá nos tiene abandonadas; no hace el menor caso de nosotras... Nadie te echará en cara lo que haces. Veinte años de paciencia son más que suficientes...

Y preparando rápidamente un mísero ajuar, salieron de la casa, sin ser vistas por nadie.

Subieron a un coche. Iban ya a arrancar, cuando vieron aparecer a Juan-Pablo que fué hacia ellos, extrañado de verlas salir.

Llevaba la gran lámpara que les había comprado, como un trofeo de victoria.

—Pero ¿dónde vais? — les gritó.

—¡Estamos cansadas de ti... eso es todo! — dijo la madre—. No somos nada, nada para ti... y te dejamos...

—Pero... Josefina ¡por Dios!... estaba cerrado el mercado...

—No haber perdido el tiempo en el camino... ¡Ya no podemos soportar más eso!... Primero iremos a casa de tía María... y luego decidiremos...

—¡Mujer! — gimió Juan—, te aseguro que nunca más...

—¡Ea!... ¡No mientes!... ¡Adiós!

Y el coche emprendió rápida carrera, dejando al pobre hombre, desorientado por el infortunio.

—¡Josefina! — gritó—. ¡Hija mía!

No le oían ya... Y el pobre hombre, envejeciendo en un instante, tambaleándose, fué al establo a contar a su amigo Bautista las tristezas de la vida.

Más tarde, tomó una resolución. Se acusaba de haber sido indiferente para las mujeres de su casa... Y quería reparar en algo el daño hecho. Entró en el despacho de Don Julio, donde se hallaba éste con su hijo.

—Si todavía quiere usted quedarse con "Marsellesa" se la vendo, Don Julio — le dijo.

—Me sorprende su determinación... ¡Esta misma mañana me decía usted que jamás la vendería!

—Es que quiero darle los tres mil dólares a mi mujer...

Aquellas extrañas palabras sorprendieron a los Jardero.

—¿Qué ha ocurrido, Juan-Pablo? — preguntó Don Julio—. Usted tiene alguna pena íntima...

—¡Me han dejado... Adela y Josefina!

—¿Qué dice usted? ¿Está usted seguro? — repu-

so Santiago, extrañadísimo de aquella absurda actitud.

—Se fueron a casa de su tía María...

—Pero... ¿por qué? ¿por qué?

—Yo me tengo la culpa, señores... He sido débil... no las he querido bastante... Cuando salgo voy muy bien... pero no sé dominarme... y siempre se me olvida la carne...

El joven Fajardo miraba con tristeza a aquel hombre. ¡Aquello era estúpido! ¡Perder a Adela! Preguntó las señas de tía María; quería ir inmediatamente allí.

—Bien, Juan-Pablo, lo siento... Y voy a extenderle a usted un cheque de tres mil dólares por el valor de "Marsellesa"... Pero, supongo que usted quedará conmigo.

—No, Don Julio. Deseo marcharme de aquí... donde todo me recordaría a mi mujer y a mi hija. ¡Es un dolor y un recuerdo tan vivo! ¡No sé lo que haré... marcharme hacia donde nadie sepa de mí!... Y si usted quisiera mandar el cheque a mi mujer, Santiago, se lo agradecería en el alma.

—Iré ahora mismo...

Juan-Pablo se despidió de sus generosos protectores y emprendió otra vez, ahora más triste que nunca, su camino errante como un vagabundo. Le acompañaba Bautista, que no quiso abandonarle en la hora de la desgracia.

Santiago corrió apresuradamente hacia la casa donde acababan de instalarse Josefina y su hija.

Adela, al verle aparecer, sintió más honda y viva la herida de su corazón. ¡El ingrato!

El joven habló en favor del ausente.

—Vendió "Marsellesa" para poder quedar bien con usted, señora... ¡Es tan bueno! ¡Horaba tanto!

Soy un fracasado — decía —, y por eso me han dejado ellas.

Josefina se enterneció, comprendiendo, aunque tarde, su error.

—No debíamos habernos marchado... ¡Sí, tiene us-



—Vendió "Marsellesa" para poder quedar bien con usted, señora... Es tan bueno... ¡lloraba tanto!

ted razón... volveremos a casa... Al fin y al cabo... él es bueno... tiene sus cosas... ¡pero es bueno!

Santiago, antes de despedirse, habló, aparte, con Adela. Le recriminó haberse marchado, sin decirselo.

—¿De modo que usted cree que me marché por... papá?

—Sí...

—Pues, ~~no~~ señor... ¡Lo sé todo!... La "otra" estuve a verle a usted...

—¿Otra vez celos?... ¡Adela!... ¡No seas así!... Te voy a contar esa conversación definitiva que tuve con la "otra".

Y con tal sinceridad le habló, que ella creyó finalmente sus palabras. Le amaba y se sentía feliz al recobrarle de nuevo.

Regresaron todos a casa de Fajardo. Y Santiago prometió casarse cuanto antes con Adela. Ya nada destruiría su felicidad... Y ahora, a buscar a papá, o a dar voces para que regresara cuanto antes.

—¡Buscadle!... ¡Buscadle!... — decía Josefina llorando —. Si no, ¡me voy a morir!...

Pero Juan-Pablo no aparecía por ninguna parte... Hallábase en una población algo distante de allí, encargado, juntamente con Bautista, de conducir una diligencia.

El señor Fajardo tuvo una idea para que el ausente regresara.

—Se me ocurre inscribir a "Marsellesa" en las carreras de Abril... Apenas se entere Juan-Pablo, vendrá a verla... y le encontraremos.

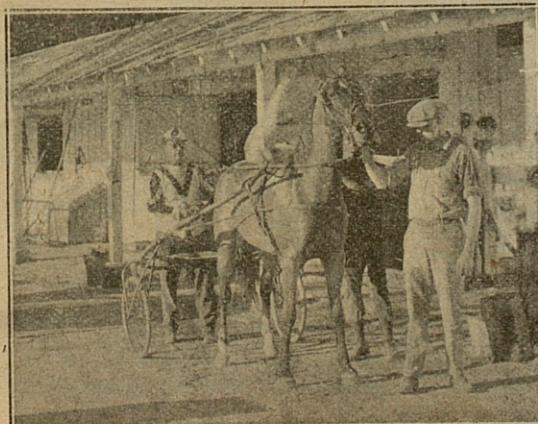
Y así fué. Enterado de que su "niña" iba a tomar parte en las carreras, Juan-Pablo llegó en tren "especial", es decir, escondido en un vagón de carga, acompañado de Bautista. El pobre hombre llevaba una existencia melancólica y dolorosa... ¡Pero él no dejaba de ver la victoria de su yegua!

En las carreras, el enorme gentío dificultaba las posibilidades de encontrar a Pablo.

—Aunque haya venido, entre tanta gente no lo encontraremos — dijo Josefina —. ¡Y ya nunca más volverá a casa!

Dieron principio las carreras. Primero hubo un entrenamiento. Juan-Pablo y Bautista, perdidos en un rincón del Hipódromo, vieron correr a "Marsellesa". Pero el conductor que guiaba la gestia no parecía ser muy hábil. "Marsellesa", a pesar de su agilidad, iba quedando la última.

—Este bárbaro está encolerizando a "Marsellesa"



Juan-Pablo pasó sin ser reconocido...

con el látigo — dijo Juan —. ¡Ah! Si pudieramos escondernos en el establo, la veríamos cuando termine!

Los dos amigos se ocultaron en la cuadra, sin ser vistos por nadie. Juan tenía un proyecto: guiar él, en la carrera principal, su yegua favorita.

En la prueba de entrenamiento, "Marsellesa" que-

dó la última, lo que motivó que Don Julio censurara al conductor.

—Es que la yegua no sirve, Don Julio...

—¡Falso! ¡El que no sirve es usted!... Y le advierto que si la vuelve a castigar con el látigo, le dejaré sin empleo.



Y su avance causaba la admiración de todos...

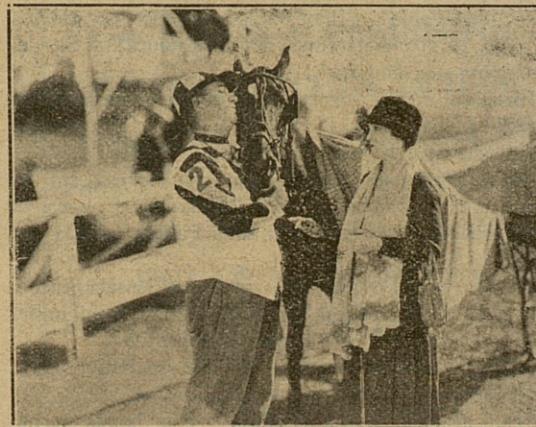
El "jockey" se dirigió, murmurando, a la cuadra. Fué cosa instantánea. Dos hombres cayeron sobre él, amordazándole... Poco después, Juan-Pablo reaparecía vistiendo el traje de "jockey".

Iba a dar principio la carrera, la prueba final. Juan-Pablo, puestos los lentes que usaba el otro "jockey", pasó sin ser reconocido. Su corazón tem-

blaba de júbilo. Dióse orden de partir. Los caballos en fila salieron a galope largo.

—¡Oyeme, "Marsellesa"! — decía Juan-Pablo a la yegua —. ¡Soy yo... tu antiguo amo!

Y el animal, como si entendiera esos razonamientos,



Juan acarició a "Marsellesa" con honda ternura...

tos de Pablo, corría, corría, venciendo en su poderosa carrera todos los obstáculos.

—¡Adelante, niña... Adelante! — repetía Juan.

Y su avance causaba la admiración de todos. "Marsellesa" era otra. Guiada por Juan estaba desconocida.

Los Fajardo no ocultaban su satisfacción. Josefina y Adela lloraban de alegría. ¡Aquella yegua

que papá quería tanto!... Pero pensaban en el ausente... ¡Ay, tal vez no lo viesen más!

La carrera terminó con el triunfo de "Marsellesa". Corrieron Don Julio Fajardo, su hijo y las dos mujeres a felicitar al vencedor. Y su sorpresa fué indecible al ver que el "jockey" era Juan-Pablo.

—Papá... — gritó Adela.

—¡Juan-Pablo! ¡Juan-Pablo! ¿cómo es eso?... ¡Ya no te abandonaremos nunca... nunca... ¡Si vieras cómo te añoramos!...

Juan, no menos sorprendido, llorando de emoción, abrazó a los suyos y explicó a Don Julio lo que había ocurrido. Fajardo le abrazó y le dijo:

—El jurado no permitirá que la carrera sea legal... por el cambio... pero "Marsellesa" gana de todos modos... y es suya, Juan-Pablo... se la regalo...

—¡Don Julio!... ¡Estoy llorando! ¡Pensaba encontrar sólo a "Marsellesa" y veo conmigo a mi mujer y a mi hija! ¡Y ahora para siempre!...

—¡Para siempre, Juan! — le dijo su mujer, abrazándole.

Juan acarició a "Marsellesa" con honda ternura, ya que volvía a ser suya, merced al gesto de Don Julio, y dijo a Josefina:

—Lo ves, Josefina?... ¡Siempre se presenta algo!

**

Y ya nunca más las nubes de la tormenta amenazaron aquella casa... Juan-Pablo se acordó de todo... Y Adela y Santiago, unidos en matrimonio, saborearon el amor feliz...

FIN

La Dirección de

**LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRÁFICA**

se complace, desde estas líneas, en desear a sus amables lectores y a sus numerosas amistades en general

un FELIZ Y PRÓSPERO

AÑO 1927

*Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
OUGLAS FAIRBANKS*

Próximo numero:

AMOR AL VUELO

por Douglas Mac-Lean, Margaret Morris, etc.

Postal-obsequio: BETTY BALFOUR

LA NOVELA FEMENINA CINEMATOGRAFICA sale todos los viernes

32 páginas - 30 céntimos

¿Ha comprado usted ya el reciente librito de *Los Grandes Films* de La Novela Semanal Cinematográfica?

Recuerde su título:

El mundo perdido

por Bessie Love y Lewis Stone.

El próximo *Grandes Films* será

La novia fingida

interpretada por Mae Murray.

Le interesa saber que en breve aparecerá el quinto libro de las ediciones especiales de *La Novela Semanal Cinematográfica*, titulado

El Coche número 13

Versión moderna de la novela de Xavier de Montepin, interpretada por Lili Damita, la creadora de "La Poupée de París."

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**
Barbárd, 10, BARCELONA. Ferroz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN